

asistir á aquel oficio, ni crear ó defender que la Virgen Santísima había estado exenta del pecado original. Para reprimir tan audaz temeridad, publicó el Papa una bula en 4 de Setiembre de 1483, por la que condenaba á los que osasen predicar, que se incurra en heregía, ó se comete pecado mortal creyendo que la Virgen Santísima fué concebida sin mancha de pecado original, ó á los que presumiessen que se peca celebrando el oficio de la Inmaculada Concepción, ó asistiendo á los sermones en que se trata de esta piadosa creencia. La bula declara estas proposiciones falsas, erróneas y enteramente contrarias á la verdad, condena los libros en que se enseñen, y lanza excomunión, *ipso facto incurrenda*, contra todos los que se atrevan á afirmar en sus sermones ó de cualquier otra manera que son verdaderas, ó leer siquiera ó retener tales libros, sin que puedan ser absueltos de dicha excomunión mas que por la Santa Sede, excepto en el artículo de la muerte. Por último, fulmina la misma censura contra todo el que osare defender que se comete heregía no creyendo que la Virgen Santísima fué exenta del pecado original, en atención á que la Iglesia no ha decidido nada sobre este punto. El concilio de Trento renovó y confirmó des-pues lo dispuesto en esta bula.

Otra disputa se había suscitado entre los franciscanos y dominicos, tocante á las llagas de Santa Catalina de Sena. Los primeros decian que este privilegio no se había concedido mas que á San Francisco. Los segundos se fundaban en el testimonio de la Santa, citado por su confesor, y en un himno de su oficio compuesto ó aprobado por Pio II; sin embargo, confesaban que estas llagas no habían aparecido exteriormente. Sixto IV, que había sido franciscano, se dejó prevenir de tal modo en favor de su religion, que prohibió bajo pena de las censuras eclesiásticas, pintar las imágenes de la Santa con las llagas; mas en breve mitigó su decreto y quitó las censuras. Habiendo retoñado la disputa á fines del siglo XVI, el Papa Clemente VIII, despues de examinado maduramente el negocio, impuso silencio á ambas partes. Por último, Urbano VIII autorizó expresamente la opinion de los dominicos en una nueva leccion compuesta para el oficio de la Santa. Tambien hubo algunas disputas entre los canónigos reglares de San Agustín y los eremitas ó frailes del mismo nombre, tocante al hábito y la forma del instituto que se suponía haber sido fundado por el ilustre doctor, y tanto llegaron á acalorarse unos y otros, que prorrumpieron en invectivas é injurias reciprocas, ya en sus sermones, ya en las obras que publicaron sobre esta materia. Sixto IV les impuso silencio por una bula del año 1484; pero habiendo ocurrido á poco tiempo su muerte, quedó sin efecto aquel mandato, y volvieron á empezar las disputas con mas calor que antes.

Murió este Papa el dia 13 de Agosto de 1484, á la edad de setenta y un años. Las muchas obras ejecutadas de su órden para her-

mosear la ciudad de Roma, hicieron ilustre su pontificado, y el magnífico puente del Tiber, se llama todavía puente de Sixto. Escribió una porcion de bulas eruditas, algunos tratados sobre el poder de Dios, la Concepcion de Maria Santísima, los futuros contingentes, las indulgencias y la sangre de Jesucristo, es decir, sobre la cuestion ventilada entre los franciscanos y dominicos, acerca de si la sangre derramada por Jesucristo en su pasion, se había separado de la divinidad, y si quedaba alguna porcion de aquella en la tierra despues de la Ascension. Sixto IV enriqueció la biblioteca del Vaticano con multitud de obras impresas ó manuscritas, poniéndola al cuidado de Platina, y encargándole que escribiera las vidas de los Papas y formara una coleccion de los documentos importantes para la historia de la Iglesia. Este autor, de quien quedan otros varios escritos sobre diferentes asuntos de moral, murió en 1481. Entre los escritores de la misma época, no debemos olvidar á Santiago Amanati, cardenal de Pavia, que murió en 1479, y dejó una porcion de cartas y memorias sobre las cosas de su tiempo, y á Jorge de Trebisonda, autor de varias obras contra los errores de los griegos: éste falleció en 1486.



de cumplidas las formalidades de costumbre, le permitió ejercer la legacía. Al año siguiente escribió el Papa á Cárlos VIII, quejándose de que los magistrados de la Provenza, recién incorporada á la Francia, usurpaban los derechos del clero, y violaban las inmunidades eclesiásticas, so pretexto de la autoridad real.

Por esta misma época dió la facultad de teología de Paris una prueba de su celo constante por la conservacion de la sana doctrina. Lallier, licenciado en dicha facultad, habia sentado en sus conclusiones y aun predicado públicamente varias proposiciones escandalosas que contenian la sustancia del wiclefismo. En ellas se combatia principalmente la autoridad de la Iglesia y de los obispos, el primado de la Santa Sede, las leyes del ayuno y del celibato eclesiástico, las donaciones hechas al clero, el culto de los santos, la confesion y las indulgencias. La facultad condenó estas proposiciones por un instrumento del año 1486, y decidió que no se confiriese el grado de doctor á Lallier. Este se quejó al parlamento, quien remitió la causa al obispo de Paris para que la instruyese y juzgase, juntamente con el inquisidor y cuatro doctores de la facultad. Lallier, despues de entregar al juez eclesiástico algunas proposiciones que tambien fueron censuradas, consintió por fin en una retractacion pública de sus proposiciones en la catedral de Paris, con lo cual recibió del obispo la absolucion de las censuras, y fué repuesto en su empleo y en todos sus derechos; pero no obstante, persistió la facultad en no quererle conferir el doctorado, y como el obispo pretendiese compelerla, aquella interpuso apelacion á quien correspondiera de derecho. El Papa Inocencio, informado de estas diferencias, escribió á la facultad alabando su celo y aprobando su decision, anuló la sentencia dada por el obispo en favor de Lallier, y cometió al inquisidor la prision de éste para que en union del arzobispo de Sens y el obispo de Meaux le formase proceso. En el mismo año condenó la facultad de teología algunas otras proposiciones tan extravagantes como temerarias, predicadas en Bazanzon por Juan Marchand, religioso franciscano, quien pretendia que San Francisco habia sido encumbrado en el cielo sobre todos los ángeles en el lugar vacante por la rebelion de Lucifer, y que todos los años bajaba el dia de su festividad al purgatorio y sacaba de allí á cuantos habian vestido el hábito de su orden. Las otras proposiciones, relativas las mas á las llagas del santo, contenian exageraciones y circunstancias fabulosas, con objeto de probar ciertas supuestas conformidades entre Jesucristo y aquel. Así, no habia temido sentar el predicador, que San Francisco era semejante á nuestro Señor en cuarenta maneras, y que era otro Cristo y otro hijo de Dios. No era este el primer ejemplo de tan ridiculas y escandalosas exageraciones entre los franciscanos, y en parte se encuentran en un libro que publicó á fines del siglo anterior un religioso de la misma orden, llamado Albizzi, bajo este título: *De las conformidades de San Francisco con Jesucristo.*

En un concilio de Lambeth, tenido por el arzobispo de Cantorbury el año 1486, se condenaron algunos errores del wiclefismo, reproducidos en Inglaterra por el obispo de Chester Renald Peacock. Se decretó quemar los escritos de este prelado, que fué depuesto y encerrado en un monasterio. Su discípulo Juan Milverto, carmelita y catedrático de la universidad de Oxford, despues de haber sido excomulgado por el obispo de Londres, huyó á Roma, donde el Papa, sin atender á sus frívolas excusas, le mandó encerrar y así le tuvo tres años. El arzobispo de Cantorbury que presidió el concilio de Lambeth, era Tomás Burscher, tan distinguido por su nacimiento como por su mérito. Ocupó esta silla unos treinta y cinco años, y fué nombrado cardenal en 1467 por Paulo II, en recompensa del celo que mostraba contra los sectarios de Wiclef. Murió en 1489 despues de cincuenta y un años de episcopado, porque ya habia ocupado mas de quince otras sillas antes de ser trasladado á la arzobispal de Cantorbury. La Inglaterra acababa de sufrir una nueva revolucion. El conde de Richmond, descendiente de la casa de Lancaster por la linea femenina, habiendo ganado en 1485 una completa victoria al rey Ricardo III, que pereció en el combate, se ciñó la corona con el nombre de Enrique VII, y se casó con la hija primogénita de Eduardo VI, para reunir por medio de este matrimonio las dos casas de York y Lancaster. Así sucedió la dinastía de los Tudor á la de los Plantagenet, que habia ocupado el trono de Inglaterra por espacio de mas de tres siglos. Informado de esta resolucion el Papa, confirmó por su autoridad apostólica los derechos del nuevo rey, con órden expresa á los ingleses de reconocerle y obedecerle, y de allí á algun tiempo, habiéndole enviado este príncipe un embajador para quejarse de los inconvenientes y abusos del derecho de asilo en las iglesias, expidió el Pontífice una bula en que declaraba, que el rey podría poner guardas de vista á los reos de lesa magestad refugiados en los asilos, que el que saliese de ellos para cometer nuevos crímenes, no hallaria ya allí proteccion, y por último, que los deudores no se librarian de las pesquisas de sus acreedores.

Por este tiempo se granjeó Juan Pico, príncipe de la Mirándula, una celebridad extraordinaria por unas conclusiones sobre todas las ciencias, que defendió á la edad de veintitres años. Comprendian novecientas proposiciones sobre la teología, las matemáticas, la física, la magia, la cábala y otras materias, sacadas las mas de los autores griegos, latinos, hebreos ó caldeos. Las defendió públicamente en Roma con una erudicion asombrosa, y bien pronto se extendieron por todas partes. Mas la fama que adquirió, le atrajo la envidia de algunos que intentaron censurar sus conclusiones, y aun tacharon varias de heréticas. Otros le acusaron de magia, no pudiendo comprender que fuese tan docto un jóven de aquella edad. En fin, se denunciaron algunas al Papa, quien las mandó exami-

nar, y resultó que trece eran dignas de censura. Probó Juan Pico á defenderlas en una apología, en que pretendía demostrar que las unas eran conformes á la doctrina de varios teólogos célebres, y que se tergiversaba el verdadero sentido de las otras; pero es preciso confesar que ya en el fondo, ya en la forma, contenian cierta sutileza reprehensible, y que naturalmente habian de prestarse á interpretaciones vituperables. Por tanto, el Papa prohibió la lectura de ellas, pena de excomunion, y citó al autor para que compareciese á justificarse. Como éste se habia sometido sin restriccion al juicio de la Santa Sede, el Papa Alejandro VI le dió años adelante un breve de absolucion declarándole ortodoxo y descargándole de las acusaciones intentadas contra él. Pico murió poco despues á fines del año 1494. Consagró los últimos de su vida á componer diferentes obras, entre las cuales se nota una explicacion del principio del Génesis, un tratado de la oracion dominical, doce libros contra la astrología judiciaria y algunos otros escritos sobre asuntos religiosos ó cuestiones de filosofia. Era tan distinguido por su piedad como por su ciencia, y despues de haber renunciado el principado y distribuido parte de sus bienes á los pobres, habia resuelto, si no le hubiese prevenido la muerte, entrar en la órden de Santo Domingo, á la cual profesaba mucha estimacion (1).

La ciudad de Zaragoza en España se alteró por una maldad gravísima. Hacia oficio de inquisidor en dicha ciudad Pedro Arbués, que castigaba á los culpados conforme á lo que hallaba. Ciertos hombres de mala raza, con color de volver por la libertad ó aquejados de su mala conciencia, y por temor de ser castigados, se resolvieron entre sí á dar la muerte al inquisidor. Pensaron primero matarle de noche en su cama; mas no pudieron salir con esto á causa que las ventanas por donde pretendian forzar el aposento, tenian muy buenas rejas de hierro que no pudieron arrancar. Entonces acordaron ejecutar su rabia en la iglesia mayor á la hora de maitines en que acostumbraba hallarse Pedro, y un miércoles, 14 de Setiembre, como estuviere de rodillas delante del altar mayor junto á la reja, lo dieron de puñaladas. El primero que le hirió en la cerviz fué Vidal Duranzo, gascon, que con rostro muy fiero y encendido y palabras descompuestas le acometió: acudieronle los otros con sus golpes hasta acabarle; mas no falleció hasta la noche siguiente del jueves 15, en el cual espacio no se ocupó en otra cosa sino en alabanzas de Dios. Hicieronsele muy solemnes honras y enterramiento, y fué sepultado su cuerpo en el mismo lugar en que le dieron las heridas. Poco despues, por mandado de la ciudad, fué puesta una lámpara sobre su sepulcro, honra que no se suele hacer sino con los santos canonizados: así, el emperador Carlos V procuró adelante que se hiciese con autoridad del Papa Paulo III, y que se

(1) D'Argentr. *Collec. judic.*—Polyd. *Ving. Hist. Ang.*

celebrase fiesta el 15 de Setiembre, como hoy se ejecuta todos los años, para que la virtud y méritos de aquel notable varon fuesen honrados como era justo. Los que le mataron, hombres perdidos y malos, perecieron todos sin faltar uno dentro de un año con diversas ocasiones; que fué justo juicio de Dios y muestra de su venganza de que aquellos malos hombres no pudieron escapar, aunque no cayeron en manos de jueces ni fueron por ellos ajusticiados. En adelante, para seguridad de los inquisidores, se les concedió que morasen dentro del alcázar llamado de la Aljafería (1).

El rey D. Fernando quiso aprovecharse de la discordia que reinaba entre los moros, para arrojarlos de España, y consiguió llevar á cabo esta empresa tan gloriosa. Habiendo manifestado el rey Alboacen, de Granada, el intento de desheredar á su hijo Boabdil para dejar el trono á los hijos de otra muger, este príncipe jóven fué proclamado rey por sus partidarios y se dispuso á hacer la guerra contra su padre. Mas como en esto llegasen á invadir el reino de Granada los ejércitos de Castilla y Aragon, Boabdil les presentó la batalla y cayó prisionero, y para recobrar la libertad prometió rendir vasallage á D. Fernando y pagarle tributo. Entre tanto, Zagal, tío de Boabdil, habia logrado apoderarse de Granada con pretexto de defender á Alboacen, y quitando sin tardanza la vida á este anciano monarca se sentó en el solio. Boabdil, demasiado débil para echar al usurpador, imploró la ayuda de Fernando, quien se apresuró á darle tropas y aprovechó la coyuntura para ocupar una porcion de plazas. Informado el Papa de los triunfos del monarca cristiano, le exhortó á que prosiguiese su empresa, permitiéndole á este fin imponer algunas décimas al clero y exigir nuevos subsidios de los Estados del reino, no obstante el juramento que habia hecho de no aumentarlos. Como el gran maestre de Calatrava habia muerto en 1448, D. Fernando, para gozar de las considerables rentas de este maestrazgo con pretexto de la guerra contra los moros, pidió al Papa la administracion de él durante su vida; lo que le fué otorgado, y poco despues habiendo manifestado la reina Isabel y dicho príncipe su esposo los gastos que habian tenido que hacer para los aprestos militares, y las turbaciones ocasionadas con frecuencia por la ambicion de los grandes para lograr la dignidad de gran maestre, cuyas rentas montaban á mas de cien mil ducados respecto de cada órden militar, el Papa atendidas estas representaciones, incorporó perpetuamente á la corona de los maestratzgos de Calatrava, Santiago y Alcántara. Alejandro VI confirmó mas adelante esta reunion, cuando permitió efectuarlo la vacante de los dos últimos.

El rey D. Fernando proseguia sus conquistas, y despues de haber sometido una porcion de plazas menos importantes, sitió y tomó en 1487 la ciudad de Málaga; con lo que en poco tiempo que

(1) Mariana, *Hist. de España.*

dó dueño de toda la parte occidental del reino de Granada. Regaló al Papa cien moros cautivos, los cuales entraron en Roma con sus cadenas y fueron repartidos entre los cardenales y señores principales. Como en Málaga había muchos renegados que se habían refugiado allí para librarse de las pesquisas de la inquisición, nombró el Pontífice dos cardenales que los procesaran, y fueron condenados muchos á la hoguera en diferentes lugares. Al año siguiente emprendió D. Fernando reducir las ciudades del Oriente de Granada que obedecían aún al tío de Boabdil. Primero embistió y conquistó, despues de un largo asedio, la ciudad de Baza, que se tenía por la plaza mas fuerte del reino de Granada. Esta conquista decidió la sumision del príncipe musulman, quien ofreció á D. Fernando entregarle Almería, Guadix y las demas ciudades que antes poseía, con tal que se le asegurase un partido conveniente á su categoría. Aceptáronse estas condiciones que cumplió de buena fé, y poco despues habiendo solicitado y obtenido licencia de retirarse al Africa con sus tesoros, y todos los moros que quisieran seguirle, se marchó de España con tres ó cuatro mil de los mas ricos y poderosos.

Boabdil por su parte habia prometido, despues de ser dueño de Granada, entregar esta ciudad á D. Fernando á los treinta dias de haber sido reducidas á Almería y las demas que estaban por el usurpador. Mas temiendo un levantamiento de sus vasallos si entregaba la capital, no se curó de cumplir lo prometido. D. Fernando le envió una embajada pidiendo la entrega de la plaza, mediante una pensión considerable unida á las rentas de otras varias ciudades, y no habiendo conseguido mas que una respuesta dilatoria resolvió tomar la ciudad á la fuerza. No aguardó Boabdil que le acometiesen, y saliendo el primero á campaña tomó algunas plazas de las que habian conquistado los españoles; mas no tardó en recobrarlas D. Fernando. En seguida comenzó los preparativos para poner el cerco de Granada, á cuyo efecto reunió un ejército de unos cincuenta mil hombres, diez mil de ellos de caballería, y en 1491 se presentó delante de la ciudad. Mandaban el ejército cabos experimentados, entre quienes se hallaba el famoso Gonzalo de Córdoba, llamado el gran capitán, que se habia hecho célebre por sus hazañas en las expediciones anteriores contra los moros, y en las guerras con los portugueses. Mas el rey, seguro de reducir pronto la plaza por hambre despues de talar la comarca, no tuvo por conveniente arriesgar una batalla, y á fin de ponerse á cubierto de las salidas, y dar á entender á los habitantes que estaba resuelto á no levantar el cerco, mandó construir para el campamento de sus tropas unas chozas cubiertas de teja y dispuestas en forma de ciudad con un recinto de murallas y fosos. No salieron fallidas sus esperanzas. A los ocho meses de asedio viéndose los moros sin vituallas y no esperando ningun socorro, tuvieron que capitular, y prometieron en-

tregar dentro de cuarenta dias la ciudad de Granada con todas sus fortalezas, y no reconocer en adelante otros soberanos que la reina de Castilla y sus sucesores, porque Doña Isabel habia hecho que se comprometiera su esposo D. Fernando á incorporar á esta corona el reino de Granada. Por su parte, los reyes prometieron por sí y sus sucesores tratar como á sus demas vasallos á los moros que quisieran quedarse en España, mantenerlos en la posesion de sus bienes y de todos sus derechos, protegerlos contra toda opresion y no consentir que se procediese contra ellos sino segun las formas de la justicia ordinaria; y en cuanto á los que no quisieran quedarse, se convino que podrian disponer de sus bienes y que se les aprontarian naves para pasar á Africa. Por fin, se concedió al rey Boabdil una pensión considerable para la subsistencia de su familia. Mediante estas condiciones se entregó la ciudad el 2 de Enero de 1492, y el cardenal Mendoza, enviado con los cabos principales y las mejores tropas para tomar posesion, ocupados todos los puestos, mandó enarbolar la cruz y los estandartes de Castilla con grandes aclamaciones y repetidas descargas de artillería: en seguida se adelantaron D. Fernando y Doña Isabel con toda pompa, y el príncipe musulman salió á recibirlos para presentarles las llaves. La ciudad de Granada era igualmente notable por su extension que por su magnificencia. Tenia mas de cuatro leguas y se contaban unas setenta mil casas, fuera de los muchos edificios públicos: los habitantes eran tan ricos, que pagaban mas de un millon de ducados á su monarca. Por esta conquista quedó enteramente destruida en España la dominacion de los moros, que habian ocupado este reino cerca de ochocientos años. Boabdil se retiró al lugar que se le habia señalado para residencia; pero los mas de sus oficiales le abandonaron y pasaron á Africa. Pronto se determinó él á tomar el mismo partido por no tener que mudar de religion, porque D. Fernando no tardó en decretar que saliesen de España todos los moros que no quisieran abrazar la ley cristiana. Muchos de ellos resolvieron pasar á Africa: otros consintieron en recibir el bautismo; mas no dejaron de practicar en secreto sus antiguas supersticiones. El señalado servicio que acababan de prestar á la religion D. Fernando y Doña Isabel extinguiendo la secta mahometana en España, les valió el título de reyes católicos, concedido poco despues por el Papa Alejandro VI para ellos y sus sucesores (1).

Maximiliano, hijo del emperador Federico, habia logrado en 1486 ser electo rey de los romanos para suceder á su padre, y el Papa Inocencio VIII, no obstante la oposicion del de Bohemia que no habia sido convocado á la dieta, no dejó de confirmar la eleccion. Celebrada la ceremonia de la coronacion en Aquisgran, segun costumbre, volvió al punto Maximiliano á Flandes y declaró la guerra á

(1) Mariana.—Zurita.—Nebrija.—Rainaldo.
Tom. IV.

la Francia. Pensaba aprovecharse de las turbaciones que habia ocasionado en este reino la rebelion de los duques de Orleans y Bretaña; pero despues de haber ganado las tropas de Carlos VIII una batalla, cayó prisionero el de Orleans, y el de Bretaña tuvo que someterse á las condiciones que quisieron imponerle. Por entonces estalló una revolucion en los Países Bajos, y preso Maximiliano por los habitantes de Brujas, solo obtuvo la libertad con la condicion de licenciar sus tropas, despedir los soldados extranjeros y procurar por todos los medios hacer las paces con Francia. Como el Papa habia publicado á solicitud del emperador un monitorio, mandando á los habitantes de Brujas que soltaran á Maximiliano, pena de excomunion, el rey Carlos VIII se quejó á Roma, bajo pretexto que este asunto no tocaba á nadie mas que á él como señor feudal de los flamencos, é hizo que el parlamento declarara subrepticio el monitorio. Sin embargo, el Papa consiguió con su mediacion ajustar una avenencia entre este príncipe y el rey de los romanos; pero no duró mucho tiempo. Carlos VIII proyectó casarse con la duquesa Ana de Bretaña, cuyo padre murió á la sazón; y aunque esta princesa tenia ya empeñada su palabra con el rey de los romanos, que se habia desposado con ella por poderes, no obstante, despues de algunos reparos y muchas negociaciones, consintió en las proposiciones del francés y se celebró la boda á fines del año 1491. Despedido Maximiliano de esta afrenta, envió embajadores á todas las cortes para solicitar que se miraran con él los príncipes contra la Francia; pero no pudo determinar mas que al rey de Inglaterra. Dicese que habiendo ganado el rey D. Fernando de Aragon, á dos franciscanos, uno de ellos Oliveros Maillard, famoso predicador de la época y confesor de Carlos VIII, y el otro confesor de la duquesa de Borbon, lograron persuadir á ésta y al rey su hermano á que estaban rigurosamente obligados á restituir los condados de Cerdeña y Rossellon, aunque D. Fernando no los hubiese rescatado en el término convenido; y la restitucion que se hizo por este tiempo sirvió para mantener la paz entre este príncipe y la Francia. El rey de Inglaterra, que ya habia empezado las hostilidades y puesto el cerco de Bolofia, viendo que no podia esperar nada de España, se apresuró á aceptar las proposiciones de paz hechas por Carlos VIII, con lo cual Maximiliano, incapaz de sostener la guerra, no pensó mas que en avenirse. El emperador Federico era demasiado avaro é indolente para que fuese á prestar auxilios á su hijo. Apenas habia pensado en defender sus propios Estados invadidos por el rey Matias de Hungría, quien ocupara á Viena y buena parte del Austria, cuando murió repentinamente en 1490. Le sucedió Ladislao de Bohemia, que fué electo rey de Hungría por la influencia de la reina Beatriz, viuda de Matias. Ladislao tuvo desde luego que defenderse de varios pretendientes, entre quienes se hallaban su hermano Alberto y el rey de los romanos; pero despues de algunos reveses tuvie-

ron éstos que aceptar la paz. El emperador Federico murió en 1493 á los cincuenta y tres años de reinado, y tuvo por sucesor á su hijo Maximiliano.

Durante estas contiendas entre los príncipes cristianos, no cesaba el Papa Inocencio de emplear toda su diligencia en restablecer la paz, y proseguia con celo su proyecto de cruzada contra los turcos. Como las incursiones de éstos y de los tártaros se extendian hasta la Rusia y la Lituania, expidió una bula en 1487 á Alemania, Prusia y Livonia, exhortando á los pueblos con indulgencias á que prestasen auxilio al rey de Polonia; y excomulgando á todos los que intentasen combatirle mientras estuviera ocupado en aquella guerra. Dos años mas adelante, Alberto, hijo del rey Casimiro, embistió á los tártaros en la Podolia, y alcanzó una victoria tan completa, que les derrotó casi toda la caballería en que consistia la principal fuerza de aquellos. Por la misma época tentó Bayaceto apoderarse de la Sicilia; pero fueron rechazadas sus tropas. No fué mas feliz en una empresa contra la Siria, poseida entonces por el soldan de Egipto, quien habia entrado en la liga de los cristianos á persuasion del Papa y del gran maestre de Rodas. El rey de Hungría, juzgando la ocasion oportuna para acometer á Bayaceto, creyó que podrían coadyuvar á sus intentos el nombre y los derechos de Zizim, hermano del sultan, custodiado en Francia por los caballeros de Rodas, y recurrió al gran maestre Pedro de Aubusson pidiendo que le entregase aquel preso. Con el mismo objeto hacian tambien el rey de Nápoles y el soldan de Egipto todos los esfuerzos para tener á dicho príncipe en su poder. Mas el gran maestre creyó deber acceder mas bien á la peticion del Papa, que deseaba asimismo tenerle en sus manos; y el rey de Francia condescendiendo con estos deseos, dejó conducir á Zizim á Roma en 1489, bajo condicion que estaria siempre custodiado por los caballeros, y no se podria disponer de su persona sin el consentimiento de aquel monarca. Bayaceto, sabiendo que su hermano estaba en Roma, intentó primero envenenarle por medio de un emisario, el cual puesto en el tormento por otros crímenes, confesó haberse comprometido á envenenar al Papa y á Zizim, y fué descuartizado. Despues el sultan resolvió negociar con el Papa y ofrecerle ciento veinte mil escudos de oro, con la condicion que se obligase á tener preso á este príncipe por tres años. Por otro lado, el soldan de Egipto envió á Roma al guardian de los franciscanos de Jerusalem para pedir al Papa la persona de Zizim, con cuya condicion prometia, á mas de una suma de cuatrocientos mil ducados, entregar la dicha ciudad con exencion de todo tributo para los cristianos que hiciesen el viage de la Tierra Santa, y dejarle todas las conquistas que se ganaran á los turcos. Mas el Papa, ya porque hubiese aceptado las proposiciones de Bayaceto, ya porque no confiara en las promesas exageradas del soldan de Egipto, no tuvo por conveniente entregarle la persona de

Zizim; lo cual dió margen á creer que solo había querido tenerlo en su poder por la esperanza de sacar dinero. Entre tanto, no cesaba de exhortar á los príncipes y los pueblos á la guerra contra los turcos, para cuyo efecto gravaba con tributos los bienes del clero. En 1490 convocó un congreso en Roma, á que concurrieron gran número de embajadores, y se resolvió que el Papa mandaría predicar la cruzada en todas partes con las indulgencias ordinarias: que tendría plena facultad de recaudar donde quiera, las anatas, décimas y otras contribuciones de costumbre; y que los príncipes por su parte aprestarian tropas y dinero, cada uno según sus fuerzas. En seguida envió el Papa legados á los diferentes reinos para cumplir esta resolución. Pero estos grandes proyectos tuvieron la misma suerte que los anteriores, y Bayaceto taló sin obstáculo buena parte de la Hungría.

Para premiar los servicios de Pedro de Aubusson, gran maestro de Rodas, le nombró el Papa en 1489 cardenal y legado de la Santa Sede en Asia, con derecho de proveer todos los beneficios de la orden y disponer de todas las encomiendas, que quedaron expresamente exentas de cualesquier reservas, así como también de los beneficios y rentas de las órdenes militares del Santo Sepulcro y de San Lázaro. En el mismo año nombró otros siete cardenales, á pesar del reglamento hecho en el cónclave y confirmado por él, siendo de notar entre los elegidos, Juan de Médicis, que solo tenía catorce años de edad, y luego fué Papa con el nombre de Leon X. Al siguiente confirmó Inocencio VIII, concediendo muchas indulgencias, la cofradía de la Misericordia recién instituida en Roma para asistir á los ajusticiados y cuidar de su entierro. En fin, por una bula de 23 de Febrero de 1491 lanzó excomunion reservada á Su Santidad contra los que formasen oposicion á una apelacion á la Santa Sede, ó los que con desprecio de esta apelacion intentasen llevar la causa ante los jueces seculares. Acababa el Pontífice de ajustar las paces con el rey de Nápoles y de recibir el hierro de la santa lanza que le había enviado Bayaceto, cuando murió el 20 de Julio de 1492 á los sesenta años de su edad. La pasión que había mostrado por engrandecer á su familia, y las riquezas de que la colmó, hicieron su memoria execrable para el pueblo, quien le acusaba de haber despreciado la miseria de los pobres; y por muchos días algunas turbas de amotinados cometieron robos y asesinatos en la ciudad. Por esta causa se retardaron las exequias del Pontífice hasta el día 8 de Agosto (1).

Al siguiente entraron en cónclave los veintitres cardenales presentes despues de tomar todas las precauciones necesarias para la conservacion del órden en la ciudad, y el 10 eligieron al cardenal

(1) Papyr. Mass. Vti. Inr.—Omuphr.—Ciacon.—Naucler.—Bonfin.—Comines.—Rainald.

Rodrigo Borja, que se llamó Alejandro VI. Era hijo de Godofredo Lenzoli, de una familia noble y antigua del reino de Aragon; pero como su madre era hermana del Papa Calixto III, éste le autorizó para tomar el nombre de Borja que debía manchar y deshonrar. En vano quisieramos ocultar sus costumbres escandalosas y echar un velo sobre los crímenes de un Pontífice cuya eleccion fué el oprobio de la Santa Sede: han tenido tanto eco, que es imposible atenuarlos ó pasarlos en silencio. Rodrigo, antes de ser Pontífice, había mantenido públicamente comercio adulterino con Vanozza, señora romana, de quien tuvo cuatro hijos y una hija; y luego que fué Papa, todo lo sacrificó al engrandecimiento de ellos. Con este objeto puso en combustion la Italia y parte de la Europa, quebrantó todos sus juramentos y conculcó todas las leyes divinas y humanas. Su hijo primogénito á quien había hecho duque de Gandía, pereció á poco tiempo asesinado, y se sospechó fuese autor de este crimen su hermano César, uno de los hombres mas perversos que han existido jamas. Este fué primero cardenal y arzobispo de Valencia, luego abandonó el estado eclesiástico, obtuvo el ducado de Valentinois y mereció la execracion pública por su perfidia y horrible crueldad. El hijo tercero sucedió á su hermano mayor en el ducado de Gandía y fué abuelo de San Francisco de Borja. La hija llamada Lucrecia llevó una vida tan desordenada en su juventud, que hasta se le acusa de haberse entregado á sus propios hermanos. Primeramente estuvo casada con un señor español; pero cuando su padre llegó á ser Pontífice, se la quitó á éste y la dió á Juan Sforcia, principe de Pésaro. Tales eran las costumbres y la familia del nuevo Papa, y seria inconcebible que pudiera haber ascendido á la silla pontifical, si no se supiera por el testimonio de una porcion, de autores que compró los votos de los cardenales á fuerza de dinero ó con promesas simoniacas. Dicese que la nueva de su eleccion hizo derramar lágrimas al rey Fernando de Nápoles; pero en Roma se celebró con regocijos extraordinarios, y al principio pareció justificar con algunas medidas de utilidad pública las esperanzas que podian haberse formado de su talento y habilidad, porque publicó acertados decretos para la conservacion del órden, la administracion de justicia y el alivio de los pobres.

Uno de los primeros actos de su pontificado fué la famosa bula de particion de los países descubiertos entre los reyes de Castilla y Portugal. En efecto, en este mismo año de 1492 el famoso Cristóbal Colon enriqueció la corona de Castilla con el descubrimiento de un Nuevo Mundo, y adquirió para sí una gloria inmortal. Colon era natural de un pueblecito inmediato á Génova, y desde la niñez se había aplicado á la navegacion y al estudio de la cosmografía y astronomía. Habiendo hecho un viaje á Portugal se casó con la hija de un célebre marino, cuyas conversaciones contribuyeron también á dilatar sus conocimientos. Despues de muchas reflexiones

se persuadió á que debían existir tierras desconocidas en el otro hemisferio, y formó el proyecto de descubrirlas y llegar á las Indias por la vía de Occidente. Comunicó sus planes á la república de Génova, que no quiso encargarse de la empresa, y al rey de Portugal que trató, pero en vano, de que la ejecutase uno de sus vasallos: después recurrió Colon á los reyes católicos á quienes no encontró mejor dispuestos; pero por fin, despues de cinco años de tenaces instancias, y como se hubiese concluido la guerra contra los moros con la toma de Granada, consintió la reina Isabel en darle tres navas, con las cuales se hizo á la vela en Agosto de 1492. El 11 de Octubre siguiente, despues de haber luchado con animosa perseverancia contra las quejas y resistencia de su tripulación, descubrió una de las islas Lucayas y le dió el nombre de San Salvador. Tomó posesion de ella por la corona de Castilla, recorrió luego aquel archipiélago, descubrió las islas de Cuba, Santo Domingo y otras varias, y halló tanto afecto y humanidad entre sus habitantes, que habiendo naufragado una de sus navas, se apresuraron á socorrerle, y á salvar toda su gente. Pronto veremos cómo fueron premiados estos generosos desvelos. Colon construyó con las reliquias de su nave un fuerte en Santo Domingo, donde dejó algunos españoles, y partió para Europa á donde arribó á principio del año siguiente. Traia consigo algunos naturales del país, y sobre todo oro y otras riquezas, que era la mejor prueba del dichoso término de su viaje. Así es que toda España celebró su regreso con trasportes de júbilo, y los reyes católicos le recibieron con una ostentacion y obsequios extraordinarios, le hicieron noble á él y á toda su familia, y le confirmaron el título de almirante y virey perpetuo de las Indias.

Pronto se divulgó la noticia de estos descubrimientos por toda Europa, y excitó una entusiasmada admiracion. Inmediatamente lo participó el rey D. Fernando al Papa, y pidió para la corona de Castilla la investidura de los países que acababan de descubrirse. Con esta ocasion expidió Alejandro VI una bula en 4 de Mayo de 1493, declarando que de motu proprio y pura liberalidad suya, por la plenitud de la potestad apostólica y la autoridad del Dios omnipotente y de Jesucristo, cuyo lugar ocupa el Papa en la tierra, donaba á la reina de Castilla todas las islas y tierra firme descubiertas, ó que se descubriesen hácia el Occidente y Mediodia, mas allá de una línea tirada del Norte al Sur, cien leguas al Oeste y al Mediodia de las islas Azores y de Cabo Verde; que le concedia y donaba aquellos países con todos sus señoríos, ciudades, castillos y aldeas, y todos sus derechos y dependencias, para que los gozase perpétuamente ella y sus herederos con plena potestad y entera soberanía, con tal que no estuviesen ya poseíderos. Su mision parece en el día de Navidad precedente. Algunos autores han sentido que en esto no debía verse mas que una simple decision arbitral, cuyo objeto era solamente precaver ó terminar las disputas en-

tre los reyes de Castilla y Portugal, ó en otros términos, conciliar sus respectivas pretensiones y no darles realmente unos países de que el Papa no tenia derecho de disponer. Mas es preciso estar singularmente dominados de la preocupacion para admitir tal interpretacion contra el tenor expreso de la bula, en que declara el Papa formalmente, que da aquellas tierras en toda soberanía á los reyes de Castilla: que los constituye señores de ellas con el goce de una autoridad plena y entera; y por último, que les hace esta concesion de motu proprio en virtud de su autoridad apostólica y no en razon de ninguna pretension hecha por ellos ó á su nombre; lo cual excluye indudablemente toda idea de una decision arbitral. Lo seguro es, que aqui debe verse una consecuencia de la opinion admitida entonces que el Papa, como vicario de Jesucristo, cuya potestad no tiene límites, puede, segun la expresion de San Antonio, atar y desatar todo lo que quiera para el bien público, y castigar á los infieles cuya vida no es conforme á las leyes naturales, con la privacion de lo que poseen. Ya hemos notado esta opinion en los escritos de Alvaro Pelagio y de Agustín Triunfo, y en otros muchos monumentos de la edad media. Ademas, así es como han entendido y explicado la bula de Alejandro VI una multitud de autores, y particularmente todos los teólogos que atribuyen al Papa una potestad directa sobre los reyes. Nos bastaria citar al juriconsulto español Francisco de Vargas, en un tratado de la jurisdiccion del Papa y de los obispos, á Antonio Herrera en su Historia de Indias, y á Tomás Bozio, sacerdote del oratorio de Roma, en un tratado de la Iglesia. El célebre Belarmino, que en su tratado de la potestad del Papa habia presentado esta bula como una simple sentencia arbitral, confiesa ingenuamente en las Retractaciones ó observaciones sobre sus obras, que entonces no la habia leído; y probablemente ha sucedido así á los mas de los que han creído poder explicarla en el mismo sentido.

El motivo y objeto de la donacion del Papa en favor de los reyes de Castilla, era propagar las luces de la fé y proteger por el poder de un príncipe cristiano la predicacion del Evangelio en el Nuevo Mundo. Este motivo se expresaba formalmente en la bula pontificia, y la reina Doña Isabel, animada del mismo celo, se apresuró á enviar doce misioneros, cuyo superior era Fr. Bernardo Boil (1). Otra bula de 24 de Junio de 1493 les daba muy latas facultades y la órden particular de velar sobre la conducta que debía observarse con aquellos pueblos, y evitar que fuesen maltratados. Mas nunca hubo una órden peor ejecutada. El celo y caridad de los misioneros se estrellaron en la codicia de los españoles, y el

(1) Este venerable varon, que otros llaman Juan, fué de la órden de San Benito, así como los otros doce misioneros. Su mision parece no pasó de la isla Española. Sobre quiénes fueron los primeros apóstoles de nuestra América, hablaremos en el Apéndice.—E. M.

Nuevo Mundo se convirtió en teatro de asolacion y carnicería. Los infelices habitantes, despojados de sus bienes, sujetos al trabajo como bestias de carga, y degollados sin misericordia á la menor sueltacion, hubieron de sufrir todas las violencias, crueldades, demasias y muertes que pueden discurrir la sed del oro, la disolucion de costumbres y el abuso de la fuerza. El terrible efecto de las armas europeas en unos hombres desnudos y desarmados, y la ferocidad de enormes perros adiestrados en perseguirlos y matarlos, hicieron parecer una multitud de ellos en los combates que intentaron sostener en defensa de su libertad: otros se rindieron poco á poco á la excesiva fatiga ó á las privaciones; y no tardaron en quedar casi desiertas aquellas islas, algunas de las cuales contenian muchos millones de habitantes. Hubo que recurrir al infame tráfico de los negros, y trasportar sin cesar nuevos esclavos para atender al laboreo de las minas y satisfacer la insaciable codicia de los conquistadores (1).

Dada cuenta de su primer viage, casi al punto volvió Colon á hacerse á la vela y descubrió las demas Antillas: á los tres años,

(1) No negaremos nosotros, llevados de un extremado amor patrio, que se cometieran excesos y violencias vniuerables en la conquista de las Américas, ni tratemos de colonizarlas con la conducta igual ó peor de otras naciones en sus expediciones y respecto de sus colonos ultramarinos; pero si diremos que el autor francés, empañado al parecer, en la lectura de historiadores émulos de las glorias de España, adolece algun tanto de exageracion. No podemos negarle la buena fé, y le concedemos que habla á impulsos de sus sentimientos humanos y religiosos; mas nos duele que atento solo á los vicios y delitos, ciertos por desgracia, pero muchas veces ponderados en demasia, no haga mención siquiera de grandes hazafias y sacrificios (á favor de esos mismos indios justamente compadecidos) de los varones insignes que trabajaron con infatigable perseverancia por mejorar la suerte de aquellas bárbaros habitantes, y sobre todo, de nuestros protectores de los monarcas que dieron tantas y tan sábias leyes protectoras de los indios, leyes que serán un monumento eterno de la justicia, religiosidad y equidad paternal de aquellos príncipes. Y cuando así se pintan con tan negros colores los desafueros que pudieron cometer nuestros compatriotas, no hubiera estado de mas, antes hubiese sido muy conforme á equidad, decir unas cuantas palabras anticipadas sobre los desvelos de los reyes de España para atajar la codicia, tiranía y crueldad de los que iban á gobernar las Indias. Así se hubiera mostrado la severa imparcialidad que tanto necesita un historiador en toda su enormidad, sin alegar ningunas razones y argumentos de defensa. En suma, lo malo que hicieron los españoles en Indias, nadie lo abonará; pero se exagera grandemente y se acortina sin consideracion á circunstancias y motivos de atenuacion que pesan siempre en el ánimo de todos los jueces, y sobre todo, se callan los poderosos y perseverantes esfuerzos de nuestros reyes para establecer en aquellas apartadas regiones un gobierno justo y protector de los naturales. Perdónesenos este desahogo de amor patrio, que no hemos podido contener en nuestro pecho al ver que un escritor como Mr. Receuver se deja llevar hasta cierto punto, de la preocupacion de los de su nacion siempre que juzgan de nuestras cosas. (N. de los RR. de la B. R.)

acusado de crueldad y despotismo, tuvo que regresar á Europa para justificarse. Su presencia bastó para tpar la boca á los acusadores; pero despues del tercer viage, habiéndole hecho sospechoso sus enemigos, se vió preso, cargado de cadenas y conducido á España, cuya reina, indignada de semejante tratamiento, mandó inmediatamente ponerlo en libertad, y le prometió su proteccion, aun diatamente por el título de virey. Por último, habiendo repetido otro viage como simple almirante para continuar sus descubrimientos, sufrió todo género de sinsabores y humillaciones, corrió toda suerte de peligros, y vuelto á España, murió en la desgracia el día 20 de Mayo de 1506, á la edad de sesenta y cinco años. En el tercer viage que practicó en 1498, habia descubierto las tierras del continente, cerca de la embocadura del Orinoco; pero no tuvo la gloria de darle su nombre: estaba reservada ésta al florentin Americo Vespucio, á quien encargó la corte de Castilla una expedicion en el año siguiente, y que con el auxilio de las memorias enviadas por Colon, descubrió y recorrió en toda su extension las costas de la tierra firme, bañadas por el mar de las Antillas. Desde aquel instante, incitados los españoles del deseo de enriquecerse, ó de la ambicion de gloria, se precipitaron á la conquista del nuevo continente, y no tardaron en repetir en México, el Perú y otros paises, las violencias, crueldades y horrible matanza de que habian sido víctimas las Antillas, haciendo execrable su nombre y odiosa su misma religion, á aquellos pueblos cuya soberania habian podido y alcanzado con pretexto de convertirlos (1).

Los portugueses continuaban sus expediciones y descubrimientos en las costas de Africa. En 1482 se adelantaron hasta el Ecuador, y llevaron la luz del Evangelio al Congo, cuyo rey envió muchos jóvenes de su corte á Portugal para que se instruyesen en la religion cristiana. Aquí recibieron el bautismo, y el monarca portugués quiso ser padrino de uno de ellos llamado Zacuta, despachándolos luego con algunos misioneros que bautizaron al rey de Congo y multitud de sus vasallos. Mas este príncipe, despues de haber hecho edificar una iglesia en su capital, volvió pronto á la idolatría por no poder contentarse con una sola muger; su hijo primogénito, que tambien habia recibido el bautismo, perseveró en la religion cristiana, y el rey de Benin, viendo el provecho que sacaba el reino de Congo del comercio y proteccion de los portugueses, no tardó en pedirles tambien misioneros. Juan II de Portugal envió por esta misma época, dos vasallos suyos á las Indias para que hiciesen alianza con un príncipe cristiano, rico y poderoso, que se decía reinar allí con el nombre de Preste Juan. A la vuelta, habiendo sabido uno de ellos en un puerto del mar Rojo que era cristiano el rey de Abisinia, se apresuró á ir á buscarle, le entregó

(1) Herrera. Hist. Ind.—Mariana.—Zurita.

las cartas de su amo y escribió á Portugal que habia descubierto los Estados del famoso Preste Juan; de suerte que por mucho tiempo se dió á los reyes de Abisinia este nombre, aplicado anteriormente á un príncipe imaginario de la India ó de la Tartaria. Entre tanto, el monarca portugués, fundándose en las bulas de Eugenio IV, y de otros Papas, entabló pretensiones sobre los países descubiertos al Occidente, y reclamó contra la concesion que habia hecho de ellos Alejandro VI á la corona de Castilla; pero despues de muchos altercados, tuvo que desistir y atenerse á la particion que le señalaba la investidura de las tierras, por descubrir al Oriente, en la mitad del globo. Entonces se precipitaron la codicia y la ambicion con nuevo ardor en este vasto campo. Habiendo descubierto el portugués Bartolomé Diaz el cabo de Buena Esperanza en 1487, se encargó á poco tiempo á Vasco de Gama, doblarle y buscar el rumbo de las Indias. Dió la vela en 1496, arribó á Calicut al año siguiente, y á los dos volvió á dar cuenta del feliz resultado de su viage. Asi abrió á los portugueses la rota de otro Nuevo Mundo, que vino á ser, como la América, teatro de crueldades y demastias de todo género (1).

Pocos meses antes de Inocencio VIII, es decir, en Abril de 1492, habia muerto el famoso Lorenzo de Médicis, quien á ejemplo de su padre Pedro y su abuelo Cosme, empleó sus cuantiosas riquezas en fomentar las artes y las letras, y se mostró el protector de los sábios. Tuvo en su corte muchos de éstos, entre los cuales se distinguian Marsilio Ficino, traductor de Platon, Calcondilo, autor de una historia de los turcos, Angel Policiano, uno de los humanistas mas célebres de su tiempo, y Juan Lascaris, á quien envió á Grecia para recobrar algunos manuscritos y colocarlos en la biblioteca de Florencia. Habiéndose salvado Lorenzo de Médicis de la conjuracion de los Pazzis, segun hemos visto, continuó en el gobierno de la república y se grangeó la estimacion de los príncipes de Europa, que le eligieron á veces por árbitro de sus diferencias. Habia observado una conducta muy desordenada y mostrado mucha indiferencia hácia la religion; pero á lo último de su vida se arrepintió con sinceridad de sus culpas, y dicen que murió cristianamente. Dejó dos hijos: uno de ellos fué Papa con el nombre de Leon X, y el otro, llamado Pedro, sucedió á su padre en el gobierno de Florencia; pero se le quitaron á los dos ó tres años y le confiscaron sus bienes.

Al punto que el rey Carlos VIII de Francia hizo las paces con el de Inglaterra y el rey de los romanos, resolvió llevar la guerra á Italia para defender los derechos que pretendia tener sobre el reino de Nápoles como heredero de la casa de Anjou. Le determinaron á esta empresa, á pesar del dictámen de su consejo, las instancias de

(1) Genebrard. Chron.—Barros. Hist. Indiar.—Maffei.

Ludovico Sforzia, duque de Milán, quien ofreció darle paso y auxiliarle. Este duque, despues de haber gobernado como tutor de su sobrino Galeas, no queria entregarle el mando, y viéndose amenazado por el rey de Nápoles, con cuya nieta estaba casado Galeas, le suscitaba enemigos por todas partes. Ganó primero al Papa y á los venecianos; pero como no esperaba un auxilio muy eficaz de ellos, buscó la alianza de los franceses y la consiguió fácilmente por inflijo de Guillermo Brizomet, á quien halagó con la esperanza del capelo. Atemorizado de esta liga Fernando de Nápoles, imploró el auxilio del rey de Aragon, se esforzó á atraer al Papa á su partido, envió una embajada al monarca francés ofreciendo pagarle tributo, y negoció al mismo tiempo con los venecianos, de quienes no pudo sacar mas que palabras vagas. En fin, estaba á punto de tratar con Ludovico Sforzia, cuando al saber que no habian sido recibidos en Francia sus embajadores, fué acometido de un accidente de apoplejia, del que murió en Enero de 1494, á los setenta años de su edad. Por su despotismo y crueldad se habia hecho odioso á sus vasallos, que no detestaban menos á su hijo Alfonso; pero fué reconocido por rey, y aun obtuvo del Papa la investidura, prometiendo á los hijos de éste dos feudos principales con rentas de consideracion. No obstante, Alejandro VI no dejó de perseverar en su alianza con Ludovico Sforzia, porque solo trataba de aprovecharse de las circunstancias para sacar todas las ventajas posibles de los dos partidos. Por este motivo dicen que despues de haber inducido al rey de Francia á emprender la conquista de Nápoles, respondió á los embajadores del mismo que estaba resuelto á guardar neutralidad. Sin embargo, como los historiadores que le acusan así de doblez, no le atribuyen mas que instancias secretas al rey de Francia, es de creer que le han calumniado probablemente. A lo menos, no se ve por qué habria procurado este príncipe atraerle á su partido por medio de sus embajadores, si el mismo Papa le hubiera solicitado.

Sea como quiera, en cuanto supo Alejandro VI que estaba próximo á entrar en Italia Carlos VIII, envió un embajador á Venecia para separar á la república y á Ludovico Sforzia de la alianza de los franceses. Al mismo tiempo imploró el auxilio de D. Fernando, rey de Aragon y Castilla, y le concedió para los gastos de esta expedicion las décimas impuestas con destino á la guerra contra infieles. Hay quien dice que recurrió al sultan Bayaceto, infundiéndole temores de que el rey de Francia se valiese de Zizim para llevar las hostilidades á Constantinopla; y en efecto, el sultan escribió varias cartas al Papa en que hablaba de las negociaciones entabladas, y le prometia su constante amistad y trescientos mil ducados si queria quitar la vida á Zizim. En fin, Alejandro envió un legado al mismo rey de Francia para persuadirle á que desistiese de su empresa; pero Carlos no suspendió la marcha, y la presencia de su

poderoso ejército bastó para obligar á los florentinos y á Pedro de Médici á abandonar el partido del rey de Nápoles. Entonces el Papa, viendo lo que adelantaban las tropas francesas, propuso al rey, un acomodamiento, mediante la condicion que el reino de Nápoles dependiese de Francia lo mismo que de la Santa Sede. Esta nueva embajada no surtió mas efecto que la anterior. El rey se apoderó de Viterbo, Civitta-Vecchia y otras muchas plazas del Estado eclesiástico, y acercándose á Roma, donde tenia de su parte á varios cardenales y las dos familias poderosas de los Colonnas y los Orsini, declaró al Papa que en calidad de rey cristianísimo y protector de la Iglesia, iba á congregiar un concilio para examinar por qué medios habia él obtenido el pontificado. Estas amenazas, juntas á las quejas y murmuraciones del pueblo romano, determinaron al Papa á refugiarse en el castillo de Santángelo, y entregar, ó mas bien abandonar, la ciudad á los franceses. El rey entró en ella á la cabeza de sus tropas el 31 de Diciembre de 1494, y ocupó todos los puntos como en una ciudad conquistada. Dícese que los mas de los cardenales le instaron para que se apoderara de la persona del Papa, y mandara procesarle. El cardenal Julian de la Rovere, que habia entrado de mucho tiempo atras en la liga de los franceses, hizo presente con calor á Carlos VIII que la Providencia parecia haberle llevado de la mano para libertar á la Iglesia de un Pontífice escandaloso, el cual habia adquirido la Santa Sede á precio de oro, traficaba torpemente con los beneficios, mantenian sus bastardos á expensas de la Iglesia, y con sus desórdenes exponia la religion al desprecio de los infieles. El rey, desechando estos consejos, despues de haber intimado inútilmente al Papa que entregara el castillo de Santángelo, entabló negociaciones, y al cabo se ajustó un tratado cuyas principales condiciones eran que el Papa viviria en paz con el monarca francés y le dejaria varias plazas seguras: que su hijo el cardenal Borja seguiria á la corte so color de obsequiar al rey; pero en realidad para servir de rehen: que el Papa no inquietaria á los señores y cardenales que se habian declarado por la Francia, y por último, que Zizim, hermano de Bayaceto, seria entregado en manos del rey, quien por su parte prometia prestar obediencia al Papa y entregarle á la vuelta de Nápoles todas las plazas, excepto la de Civitta-Vecchia. En cuanto se ajustó este tratado, se trasladó Alejandro VI desde el castillo de Santángelo al Vaticano, donde el rey le prestó obediencia en un consistorio solemne con las ceremonias acostumbradas. El monarca pidió el capelo cardenalicio para su ministro Guillermo Brizounet, la confirmacion de todos los privilegios otorgados á la corona de Francia, y la investidura del reino de Nápoles. Fácilmente obtuvo las dos primeras gracias; pero en cuanto á la tercera, respondió el Papa que se trataba de los intereses de un tercero, y que necesitaba deliberar maduramente con los cardenales.

Carlos VIII partió de Roma á fines de Enero, y marchó contra Nápoles llevando consigo á Zizim, de quien pensaba valerse en sus planes para la conquista de Constantinopla. Pero al cabo de algunos dias se sintió Zizim acometido de un mal raro que le arebató en poquísimo tiempo, y se supuso que esta muerte era efecto de un veneno lento que le habia dado el Papa. Otros acusaron con tan poco fundamento á los venecianos, como si el príncipe musulman no hubiera podido morir de la pena del cautiverio ó por otras causas igualmente naturales. El rey Alfonso de Nápoles se amedrentó tanto con la aproximacion de los franceses, que abdicó en favor de su hijo Fernando, y se retiró á un monasterio de Olivetanos en Mesina de Sicilia, donde murió á fines de este mismo año 1495. Dícese que tomó el hábito religioso, y por lo menos es cierto que siguió todos los ejercicios de la comunidad, y se esforzó á expiar con sus buenas obras los escándalos de la vida pasada. Su hijo Fernando, abandonado de sus vasallos, tuvo tambien que salirse de Nápoles y retirarse á una isleta vecina, donde en vano intentaron forzarle los franceses. Entre tanto, D. Fernando, rey de Aragon y esposo de la reina de Castilla, envió embajadores á Carlos VIII para manifestarle que estaba obligado á someter sus pretensiones respecto del reino de Nápoles al juicio de la Santa Sede, de quien era feudatario dicho reino, amenazándole que si seguia adelante en su empresa, le declararia la guerra. Por otro lado, el Papa, con menosprecio de los tratados, se concertó con Ludovico Sforzia y los venecianos para coligarse contra la Francia, y consiguiéron atraer á la liga al rey de España y al emperador Maximiliano. Como los confederados amenazaban llevar la guerra á Francia, Carlos VIII despues de nombrar un virey en Nápoles y dejar guarnicion en las ciudades principales, partió inmediatamente con el resto de su ejército para atender á la defensa de su reino. El Papa, que aguardaba entrarse muy pronto á Roma, huyó y fué á encerrarse en Perugia. Los confederados habian reunido un fuerte ejército para oponerse al regreso del rey; pero fueron derrotados en Fornojo cerca de Placencia, y los franceses llegaron felizmente al Piamonte. Habiendo sabido el Papa que el rey se habia detenido allí á esperar auxilios, le intimó que saliera de Italia dejado en el reino de Nápoles: de lo contrario retirara las que habia dejado en el reino de Nápoles; de lo contrario le citaba para que compareciese ante él en Roma, so pena de excomunion. Carlos VIII, chancándose, dijo al enviado pontificio, que á su regreso de Nápoles habia ido á Roma á besar los pies al Papa; pero que Su Santidad no habia tenido por conveniente esperarle, de suerte que le sorprendia que ahora le metiese tanta prisa; sin embargo, que procuraria ir allá por obedecerle, y publicaba á Su Santidad que le aguardase pero no hacer otra vez el viage en balde. Habiendo recibido á poco un refuerzo considerable, no dejó de ajustar un tratado con Ludovico Sforzia, para librar al duque de Orleans

que estaba encerrado en Novara con una corta guarnición; y en cuanto éste se incorporó al ejército, partió Carlos de Turín de vuelta á su reino, á donde llegó á fines de Octubre de 1495. Cuéntase que estando en Asti en el Piemonte, como observase una conducta poco ordenada, le llevaron sus criados una noche á su habitación una doncella de suma belleza. Muy sorprendido quedó el monarca al entrar, de verla arrojada y deshecha en llanto ante una imagen de la Virgen Santísima, y preguntándole la causa de su tristeza, le respondió ella que la pobreza de sus padres los había inducido á consentir en las proposiciones de los criados del rey, y le conjuró que le salvase el honor en consideración á la Reina de los ángeles, cuya imagen estaba presente. Enternecido Carlos con aquellas palabras, llamó al punto á los padres de la doncella y á un hombre que la pretendía en matrimonio, y se la entregó juntamente con un dote decente. Desde entonces pensó en reformar su conducta y hacer una vida cristiana, resolviendo en particular aliviar á su pueblo de tributos, corregir los abusos en la administración de justicia, y practicar cuanto estuviese de su parte para abolir la pluralidad de beneficios y obligar los obispos á la residencia.

Ludovico Sforzia no cumplió el tratado que acababa de ajustar con el rey, y favoreció abiertamente los planes de los confederados, que recobraron bien pronto varias plazas del reino de Nápoles. Por otro lado, los napolitanos, descontentos de los franceses, no tardaron en llamar al rey Fernando, quien volvió á la capital y forzó al virey á capitular y abandonar la ciudadela. Al mismo tiempo el rey de Aragón, con cuya sobrina se había casado Fernando, envió en socorro de éste muchas tropas á las órdenes del famoso Gonzalo de Córdoba, las cuales ocuparon en pocos días toda la Calabria, y este triunfo, junto con la vuelta de Fernando, produjo un levantamiento contra los franceses en casi todas las ciudades del reino. Toda vía se sostuvieron éstos por algún tiempo; pero al fin, extenuados con los continuos esfuerzos, y no pudiendo esperar ningún socorro, se vieron obligados á abandonar enteramente el reino de Nápoles al siguiente año, después de haber perecido de enfermedad la mayor parte de sus tropas. Casi al punto murió Fernando, á quien sucedió su tío Federico. Como los franceses ocupaban todavía parte de la Lombardia, y amenazaban al duque de Milán por sus traiciones, los confederados persuadieron al emperador á que los auxiliase. En efecto, marchó á Italia con un ejército poderoso, y manifestó intención de apoderarse del reino de Nápoles para su yerno; pero habiendo sabido que se acababa de ajustar una tregua entre los reyes de Francia y de Aragón, se retiró sin hacer nada. Al año siguiente fueron derrotadas las tropas del Papa por las de los Orsini, que ocuparon muchas plazas, y él tuvo que concluir una transacción cuyo mediador fué Gonzalo de Córdoba. Este capitán salió luego y tomó la ciudad de Ostia, que había entregado á los fran-

ceses el cardenal de la Rovere, con lo cual quedó enteramente restablecida la paz en los Estados de la Iglesia. El Papa se disponía á separar del patrimonio de ésta el ducado de Benevento para dárselo á su hijo primogénito el duque de Gandia, cuando éste pereció asesinado en el mes de Junio de 1497. Tan aciaga muerte, cuyos autores no pudieron descubrirse, causó profundo dolor al Papa, quien pareció hasta arrepentido de sus desórdenes, y ya por un motivo de celo, ya en atención á las representaciones de los príncipes cristianos, particularmente de los reyes de Castilla y Portugal que pedían con instancia la reforma de la Iglesia, nombró una comisión de cardenales para que trabajase en ello. Pero esta medida no produjo ningún resultado (1).

Al principio de este mismo año envió Carlos VIII una consulta á la facultad de teología de Paris, en la que preguntaba si el Papa estaba ó no obligado á convocar un concilio general cada diez años, sobre todo, en las presentes circunstancias en que la reforma era mas necesaria que nunca, y si en caso de negarse él, podían los príncipes, así eclesiásticos como seculares, y otros miembros de la Iglesia, congregarse por sí sin convocación del Papa, espirados los diez años y en medio de una necesidad tan urgente; por último, si en caso de negligencia ó negativa de algunos Estados cristianos, después de convidados en nombre de la Francia, podían los otros miembros reunidos formar el concilio y remediar las necesidades de la Iglesia. La facultad respondió afirmativamente por una deliberación de 11 de Enero. Mas esta extraña decisión no tuvo consecuencia, y es probable que el rey no había tenido otro intento al promoverla que intimidar al Papa. En 23 de Agosto del mismo año publicó dicha facultad un decreto por el cual declaraba que queriendo seguir las huellas de los antiguos, que habían enseñado que la Virgen Santísima fué preservada de la mancha del pecado original por particular privilegio, y juzgando verdadera esta doctrina, se obligaba por juramento á defenderla; que estaba resuelta á no admitir en su seno mas que á los que prestasen este juramento, y que privaría de todo honor y echaría á todos los que defendiesen la proposición contraria. Este decreto se había dado el año anterior después de tres juntas de la facultad, con motivo de las disputas que continuaban aun entre los dominicos y franciscanos tocante á la Inmaculada Concepción de María.

Como la elección del rey Ladislao había originado discordia en el reino de Hungría, el Papa envió allá en 1493 al obispo de Trani, en calidad de legado, para restablecer la unión entre los señores y predicar la cruzada contra los turcos que acababan de ganar una victoria á los cristianos. Al mismo tiempo llevaba el legado el encargo de reducir los husitas de Bohemia á la obediencia de la San-

(1) Comin.—Guichardin.—Marian.—Gaguin.